

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA  
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO IV

Coordinación

VIRGINIA GUEDEA  
ALFREDO ÁVILA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
2008

## NÚMERO 230

Relación de lo ocurrido en Oaxaca desde el 25 de noviembre de 1812 al 2 de enero de 1813, por Doña María Micaela Frontaura.— 28 de enero

*RELACIÓN de lo que observé en la ciudad de Oaxaca entre los insurgentes desde 25 de noviembre último que se apoderaron de ella hasta 2 de enero de 813 que salí.*

En mi modo de pensar, y según se oyó el fuego, no duró más que una hora, pues empezó a las 11 ½ y a la una ya se estaba dando el ler repique de campanas andando música por las calles, misma que percibí estando dentro del convento de las capuchinas españolas, donde me refugié por evitar insultos.

En aquella tarde me fue a avisar una criada, que me solicitaba un pariente, pero dudando hice que volviese a tomar más noticias, porque me parecía aquello alguna estratagema para sacarme con este pretexto, y causarme algún estrago, no pudiendo hacerlo en mi marido, por haberse fugado cuando los enemigos estaban dentro de la ciudad; a poco volvió la criada asegurándome que me buscaba mi tío Antonio Sesma, y uno de sus hijos, el cual también vino un rato después a la portería del convento, y vi satisfechas mis dudas, pues con las mayores instancias me decía que saliera, y como por el torno no se vela la persona, y solo se oía la voz, creyendo era mi primo Miguel, lo saludé con esto nombre, a que me contestó, no soy Miguel y si Ramón pues aquel estaba en Puebla con sus hermanas que eran realistas; después de mil excusas tuve que salir, pues las monjas así me lo suplicaban, tanto porque no les hicieran algún insulto, como por si yo podía favorecer algunas infelices.

En el camino hasta mi casa, solamente se trató de mi grande sentimiento por la

ausencia de mi marido, temerosa de que lo cogiera alguna de las avanzadas que me decía se habían despachado, y de que fuera víctima; a lo que me decía que todas iban encargadas de que si lo encontraban a él, y al señor intendente, no los tocarían, y que los tratarían con el decoro correspondiente a sus personas; al entrar en mi casa empecé a ver los destrozos del saqueo; mis baúles, y roperos estaban hechos pedazos, y vacíos, de modo que con sabanas prestadas me tapé esas noches. Mi tío don Antonio que ya estaba en ella, me hizo miles de expresiones y consuelos; le pregunté que motivo había tenido para meterse en aquella infamia; y su respuesta fue, que los altos juicios de Dios son incomprensibles, pues había sido prisionero por los insurgentes; que cuando pensaba salir de ellos, para su casa a ver a sus hijos; le hizo presente Morelos, que el gobierno, mientras él padecía, había dejado a sus hijos sin sueldo; y que sin embargo de esto, y de haber hecho mil instancias para salir de ellos, no lo dejaron, y lo persuadieron con astucias, y políticas quedarse con ellos; a lo que convino advirtiéndoles no querer ningún empleo, pero que después de haber renunciado varios, lo precisaron a tomar el de intendente de ejército; y que estas eran sus aventuras.

El Hijo me satisfizo con decir; que al hombre de honor que no tomaba partido en su causa, se vería dentro de poco tiempo mandado por los negros; y por este motivo lo habían abrazado muchos, con lo que no quise seguir preguntándoles más, dejándolos en sus caprichos.

Al día siguiente por la mañana me preguntó el tío, quienes eran los criollos regidores, alcaldes, y demás empleados de esta clase, a los que mandó llamar, y les dijo, que se presentaran a Morelos, y se publicó un bando para que todos se presentaran, y que los gachupines que lo hicieran voluntariamente serían perdonados de la vida, lo que hicieron todos por papel y el cabildo eclesiástico lo hizo en cuerpo. Al otro día se publicaron otros bandos, para que todos presentaran sus caballos y armas, y que todos

denunciaran los bienes que supieran estaban escondidos; todos presentaron lo que tenían, y las denuncias fueron infinitas, y Morelos comisionó a uno de los suyos para que fuera a los conventos a registrar, sin atropellar a las religiosas lo que se ejecutó, y del convento de Santo Domingo se dijo que habían sacado mucho, y lo mismo de casas particulares, pues era voz general que solo en dinero se habían juntado casi tres millones de pesos, fuera de alhajas, plata, y demás surtimiento que había en las tiendas de los gachupines con gran porción de zurrónes de grana.

Todos los gachupines presentados fueron a la cárcel y a todos los criollos se les dio papel de seguridad para sus casas y haciendas, que en el ler día fueron saqueadas como todas. Al siguiente día se mandó fueran a sacar a todos los soldados nuestros que estaban en la cárcel, y lo mismo a los oficiales, y que fuera el cirujano don Sebastián Espinosa a curar a los enfermos en compañía del cirujano Briones; el 1º hizo presente que muchos no podían ser asistidos en la cárcel y en el particular el señor comandante de brigada, pues era necesario se recostara, y en el calabozo no podía ser, con lo que dispusieron pasarlo al Hospital Real, a donde fui a verlo, y por lo que vi habría treinta heridos decentes, y doble numero de los demás; sobre la mortandad de los nuestros, no se pudo saber, y tampoco de los suyos, pues trataron de no hablar de este particular, y enterrarlos con prontitud; que de lo que supo de positivo fue del capitán Sánchez, Maza, don Mariano Guergué, don Mariano Envides, Vendrel, y otros que ignoramos sus nombres, y muchos de la plebe.

El lunes inmediato pusieron en capilla al señor teniente general González Saravia, y comandante Regules Villasante quienes el miércoles fueron fusilados a las 5 de la tarde en el mismo lugar del llano de las Canteras, donde fueron ajusticiados López, y Armenta, y el sábado de la misma semana encapillaron al señor comandante de brigada y el lunes siguiente sufrió la misma pena que aquellos en la plaza de San Juan de Dios, en venganza

de la que justamente merecieron Palacios, y Tinóco, y todos fueron preguntados antes por los vienes que tenían. El lunes siguiente quitaron la vida a un muchacho de Guatemala criado del señor teniente general por haber quemado un bando de los citados.

En uno de los días de esta semana se repartieron en toda la ciudad convites impresos de Morelos para que todos sin excepción asistiesen a las honras solemnes que mandó hacer en catedral con asistencia de cabildo a las cabezas, y demás huesos de los reos López, y Armenta, que mandó recoger de los caminos donde estaban puestos, y colocados en unas ricas cajas, se pasearon por los cuatro portales de la plaza mayor con gran pompa, y con la misma se enterraron en catedral, expresando dicho Morelos que todo aquello merecían dos jefes tan beneméritos que habían muerto por la patria.

A todos los gachupines les tomaron juramento de los intereses que tenían, los que fueron embargados; y que los que hicieron ver no habían tomado las armas, y ser viejos, presentaron cada uno dos fiadores con obligación de presentarse mensualmente, sacándolos de la cárcel indultados, y a los muchachos despacharon a Sacatula, pero fue corto el número de estos.

A los tres, o cuatro días tuvieron noticia de que nuestras tropas venían a Tehuacán, cuya ciudad había desamparado el padre Sánchez, por lo que mandaron inmediatamente tropas para Río Blanco, con orden para que solo llegara a Oaxaca dicho padre y su tropa quedase reunida a la que despacharon de Oaxaca, en donde fue muy mal recibido el referido padre por haber abandonado aquel punto; el número de tropas que trajo este y el que mandaron de la ciudad, nunca supe cual era, porque no lo dicen, y el comandante de ella que es Sesma, se regresó por enfermo a los 15 días, quejándose de que se le estaban enfermando muchos, por lo que no podía durar en aquel lugar mas tropa que un corto destacamento.

En el mismo día salió Bravo para la costa con una división, cuyo número ignoro, y en el propio salió también otra para Tehuantepec, a cargo del coronel padre Cano, quien se dijo que solo traía 300 hombres, con orden de que si se alcanzaba al señor obispo, lo mandara con las comodidades posibles, pues creían que por enfermo hubiera quedado en dicho Tehuantepec; así mismo despacharon a varios guardas criollos para Puerto Escondido a ver lo que había dejado el barco, y en particular el tabaco que aseguraban había.

Después de esto citaron a varios criollos para las 11 del día, y nombraron de regidores, sin admitirles excusa a don Jacinto Varela, don José Mariano Magro, don Miguel Iturribarria, el médico Fernández, don José María Murguía, y alcaldes don Pedro Vega, y don José Llano y de escribano de cabildo don José Domingo Romero.

Todos los criollos empleados en rentas, ascendieron a jefes, como don Vicente Arrona a administrador de alcabalas, siendo antes oficial; para factor de tabacos al oficial don José María Sotarriba; el ministro contador por que es criollo, quedó con su empleo, y de tesorero pusieron a don Francisco Pimentel.

A las elecciones, siguió el juramento, y después la misa, y demás ceremonias en la catedral, y concluyeron con un grande almuerzo que dio en su casa el alférez real don José Mariano Magro. A la tarde juró este en la casa de Morelos que esta en la plaza, obedecer a Fernando Séptimo, y conservar sus derechos, defendiendo la nación; y su general tiró sus monedas, y platillos, estando todas sus tropas sobre las armas y siguieron todos los cumplimientos que seguimos nosotros; hubo su refresco en el palacio, y después en casa del alférez real, con su correspondiente baile; a esto se siguieron fuegos, música, iluminaciones, y corridas de toros por cuatro días, de todo lo cual fui informada, pues nada vi, como tampoco la función del día de Nuestra Señora de Guadalupe en su templo, donde predicó el Lectoral diácono don José Mariano San Martín.

En todos estos días no dejaban de trabajar, pues el mariscal Matamoros, componía su cuartel en las casas reales, y trataba de vestir la tropa, y en dicho cuartel vi unos días antes de venirme que tenía porción de armas de fuego muy limpias, y puestas en cuadras, con buen orden, y arreglo, con sus cartucheras; que la sargentía mayor está lo mismo que la nuestra, con sus filiaciones; y cuadernos de recluta, y deserciones; que en los bajos tienen viviendas separadas para sus oficiales, y sus departamentos para las mujeres, con orden para que ningún soldado se mezcle con ellas pasada la hora regular; dicho mariscal tiene academia de oficiales diariamente, desde las oraciones hasta las 8 de la noche, y la tropa ejercicio por mañana y tarde.

El servicio de plaza es corriente; el sargento mayor es don Benito Rocha; ayudante el capitán Zárate; a las 9 se reparten las guardias a todos los jefes, y palacio, donde entra un oficial, siendo todos granaderos; sus centinelas, jefes de día, y santo, como es costumbre se ponen diariamente, rondando todas las noches el sargento mayor, para ver si hay vigilancia visitando los cuarteles para que los jefes cuiden del aseo.

En casa de Morelos hay mesas por donde pasan las representaciones; tiene de asesor a un Castañeda, y de auditor de guerra a un tal Rosas. En el Palacio episcopal, está el cuartel de artillería, su comandante don Manuel Terán, con mucha provisión de pertrechos, y cañones, y trataban de desbaratar algunos que no eran de su gusto. El doctor Herrera, lo nombran vicario general, y serán como ciento los oficiales y sujetos descantes, siendo el resto de esta canalla pura negrería; el numero total no lo sé, pero unos dicen que es de 15,000, otros de 12,000 y algunos que 10,000, pero yo juzgo que no pasara de 7,000 con muchas armas de fuego; ellos decían que en caso de venir tropas del rey, se defenderían en las cumbres, y que en saliendo victoriosos, tenían a Puebla de su mano, en cuya ciudad los estaban deseando; que después pasarían a México, a donde les costaría algún trabajo entrar,

al fin lograran sus ideas, inicuas porque en todas partes tenían correspondencia.

Recibieron en Oaxaca cartas de Méndez, y Bravo en que avisaban que en Río Verde atacaron las tropas de Paris cuyo tiroteo duró desde las 8 de la mañana hasta las 3 de la tarde, habiendo hecho Paris una retirada tan vergonzosa que hasta el chocolate había dejado, no pudiendo perseguirlo por habérseles acabado las municiones; que aguardaban al pacifico Herrero, que se hallaba en Tehuantepec, y le había ido orden para que se les reuniera, y que con su llegada, y la de las municiones que habían pedido, continuarían a batirlo; lo que causó a Morelos incomodidad por no haberlo perseguido en la retirada.

En todo este tiempo mi tío, y los que lo visitaban, me consolaban, asegurándome que se empeñarían a favor de mi marido para que no se le perjudicase, a pesar de los informes que tenían de Talavera y Ordoño, aconsejándome que le escribiera una carta para que se viniera a la ciudad, a que condescendí por la confianza que tenía yo de que no podría llegar a sus manos mediante la razón que tubo de que iba ya muy distante; pasados algunos días, empecé a suplicarles me consiguieran pasaporte para ese reino, donde suponía hallar a mi marido, llevado de la amistad y favor que nos hace el señor arzobispo, y que cuando no le hallara, por lo menos no me faltarían los auxilios de su señoría ilustrísima a esto me respondieron que debía esperar alguna razón individual, en cuyo intermedio se empeñarían con su general, en que no me faltaría nada con mi tío, y que me darían cuanto pidiese; dicho mi tío se opuso más que todos a mi pretensión, diciéndome que se incomodaría de ella Morelos; pero yo seguí haciéndole muchas reflexiones con las que conseguí me dijeran que esperase 8 días, a lo que tuve que avenirme; pero en este tiempo no dejé de instar sobre el particular, teniendo la fortuna de que en esos días llegase un mozo de Magro que había venido acompañando a la tenienta general quien me dijo haber encontrado a mi marido con dirección a este reino, cuya noticia comuniqué a mi tío, con lo que quedaba vencido aquel



inconveniente; y me contestó que hiciese paciencia hasta que pasaran las fiestas, lo que me incomodó mucho, y sin contar con él, hablé a Rocha para presentar un escrito solicitando pasaporte, y me salió con la misma, pero a fuerza de instancias y lágrimas, me ofreció conseguirlo; pero pasaron las fiestas, y mi escrito no se proveía, aunque me aseguraba su buen despacho por haberlo recomendado. Yo no tenía hora, y en particular la de comer, que no los molestara repitiéndoles mis instancias, y viendo que nada conseguía, enfadada ya, resolví el día 21 de diciembre ver a Morelos, diciéndole al tío que sino no acompañaba iría sola, y ofreciéndome llevarme, me dijo era necesario disponer un escrito, el que formé inmediatamente y dirigiéndonos en casa de Morelos, presenté mi escrito, suplicándole me hiciera aquella caridad, y el tío explicó en pocas palabras mi petición, que se reducía a seguir a mi marido, que según noticias se hallaba en Guatemala; que yo diría el conducto por donde la había adquirido, a que contestó que estaba bien y entonces siguió recomendándome su mayor, y habiéndome despedido, a poco rato me mandó con su asistente el memorial decretado al margen que decía: Válgale este decreto de pasaporte, y su rúbrica.

En la tarde del mismo día mandó a Martínez, tesorero de la nación, que le dicen, con orden de embargar mis bienes, como se verificó, no dejándome ni lo mas ínfimo, sin perdonar la librería de mi marido, y a fuerza de industrias solamente conseguí escapar un poco de ropa de mis hijos y mía siendo la mas nueva; y después mandaron un dependiente de ellos para que sacara y llevara todo lo embargado, de que se me dio recibo a mi salida. A los tres días me pusieron oficio, para que dijera la parte donde estaba enterrado el dinero mío, y de este modo no se me demoraría el pasaporte; y yo no conformándome con el decreto, pedí por los mismos conductos pase firmado, contestando que si tenían malos informes de mi marido, serían de los malos, pues por su destino se vela obligado a cumplir

con su obligación; en el mismo oficio se me decía que por razón de europeo deben ser secuestrados los bienes de mi esposo, y por la de malo, pasado por las armas, y que Dios le había dado tiempo para arrepentirse, y no se perdiese su alma. También se me pasó otro oficio, diciéndome que informara sobre la causa de un oficial insurgente que había seguido mi marido, de quien se quejaba haberlo tratado con rigor, a que contesté que no podía darlo de una cosa que solo mi marido manejaba, y yo las de mi sexo; en seguida le puse oficio comunicándole mi salida, y pidiéndole órdenes, resuelta a caminar con solo aquel decreto, lo que todos me tenían a mal, a pesar de que me decían que me estaban entreteniéndome para no salir; por último vi al capitán Sierra, comisionado para dar pasaportes, a quien habiendo suplicado uno para mi, y los mozos, inmediatamente me lo consiguió firmado de Morelos. con esto determiné salir al siguiente día, a pesar de no tener todo lo necesario para caminata tan larga, manifestando todos, y mi tío sentimiento porque lo dejaba; a la mañana siguiente que salí, me entregó dicho mi tío una carta para mi marido en que le decía que contra todo su parecer me ponía en camino, no habiéndome podido contener las ofertas e instancias, porque a su lado nada me faltaría, lo mismo que a el si se hubiera quedado, aunque no hubiera seguido en su empleo; que yo lo instruiría de sus aventuras, y que no dejase de escribirle; que cuando no haga su sistema se manifestara neutral que era lo mejor. Rocha le escribe otra por este mismo estilo, que no refiero por no tenerla toda presente; otra me dio para un oficial de Guatemala, que dijo era muy estimado del señor presidente con las mismas expresiones; y otra que también me dio el licenciado Argüelles para el mismo oficial los tres me dieron cartas de recomendación para el coronel oficial Cano, comandante de los insurgentes de Tehuantepec, encargándole me diese pase, y escolta hasta donde pudiera; un tal Lara, me acompañó hasta Tlacolula y lo mismo quisieron hacer otros y Matamoros, a quienes no consentí, regresándose dicho Lara a Oaxaca, con quien escribí

avisando no tener novedad; en Tlacolula encontré de encargado en Justicia a Bonilla, criollo de Oaxaca, que recibió orden de un capitán que venía de Tehuantepec para que previniese alojamiento para unos reos a quienes encontré a la salida del pueblo, y conocí eran el capitán don Nicolás Aristi, el teniente de patriotas don Francisco Suaristi, el de escoltas don José Muñozcano y el del batallón don Francisco Monterrubio, quienes caminaban a caballo escoltados de varios insurgentes armados, no habiendo encontrado más en las dos jornadas siguientes que hice hasta Totolapa; estando yo en este pueblo, llegó el capitán Cornelio Bautista, que venía de Tehuantepec, conduciendo tres baúles, y porción de zurrónes de grana, que según me dijo pasaban de ciento, y que los baúles traían buenas alhajas, instándome bastante para que me devolviera, haciéndome creer que no pasaría de Tehuantepec; que mi marido se había ya embarcado, con el obispo; por esto volví a escribir a aquellos que antes me aparentaban protección, y al otro día seguí mi camino, dejando al capitán acompañado de un padrecito que llegó la tarde anterior. Desde Totolapa hasta Tequisistlan encontró muchas cargas de zurrónes de grana y añil, que se dirigían a Oaxaca, con partidas de caballos y mulas; a Tequisistlan llegaron como 12 hombres preguntando a los justicias por un capitán que les dijeron no había llegado, pero que la cordillera había traído carta para él, riendo dichos hombres montados y armados, con un estandarte de Nuestra Señora de Guadalupe.

Al otro día llegué a Tehuantepec presentándome al oficial Cano con mis pasaportes y cartas quien me recibió como las recomendaciones le pedían, queriendo que me detuviera en la villa, esperando a mi marido, pues sabía que estaba en Tuxtla; que el proporcionaría que llegase a sus manos carta mía; no admití ninguna de sus ofertas y me hizo pusiera una a mi tío pues lo consideraba con cuidado, y solo por esto puso cordillera; en el tiempo que estuve con el, vi sobre su mesa un apunte de varias cosas, y entre ellas una partida de 130 o

115 tercios de grana; me enseñó un oficio de Morelos en que le prevenía que realizase todo con la mayor prontitud, y que no se internara más que de 15 a 20 leguas, porque podía necesitarlo para mediados de este mes; en su sala podría haber como 200 armas de fuego, sin las de la guardia, y las que se estaban limpiando, tres cañones y algunos cajones con municiones; se estaba acopiando porción de bastimento preguntándole a dicho oficial por la fuerza que había traído de Oaxaca, me respondió que 500 hombres, y que en la villa había alistado y armado como otros 500 diciéndome que estaba muy satisfecho de hacer desempeñado las ordenes de Morelos, pues en tan corto tiempo le había remitido un cargamento bárbaro, de sal, sebo, añil, grana, y alhajas, no descuidándose de mandar a Villaalta a recoger lo que allí había, a cuyo punto antes de mi salida, mandó Morelos 60 hombres con el coronel Sesma, diciéndole que no se demorase porque podía necesitarlo; habiéndome detenido un día en Tehuantepec, seguí mi viaje con pasaporte de Cano, quien me hizo el encargo para este gobierno de que pusieran en libertad a un arriero que le tenían preso y de lo contrario vendría a sacarlo, pasando por las armas al primer gachupin que encontrara, que si estos no me dejaban volver, él me sacaría con mi marido; caminé hasta la hacienda de Parrazar, encontrando en ella de administrador a su yerno Lavariega, acompañado de 4 insurgentes armados, quien me dijo que estaba allí forzado, de donde habían sacado más de 400 caballos, acompañándome hasta el pueblo inmediato en que solo había unos 4 insurgentes; al día siguiente a poco andar topé con una descubierta de la partida de guerrilla del mando del capitán don Gabriel Esperón, llegando al pueblo de Jonacatepec, inmediatamente me presenté a dicho capitán entregándole mis pasaportes, y declarándole en sustancia todo lo referido, manifestándole un paquete con impresos del gobierno de los insurgentes, que me entregó mi tío para enseñarlos a los señores presidente, y arzobispo, como también a mi marido, con las 4 cartas mencionadas, porque todo lo quise

conducir pareciéndome hacer un buen servicio a mi patria dándole al gobierno conocimiento de las astucias y maldades de aquel, por considerarme corta para explicarlas, por ser infinitas sus palabras, y picardías de que usan para engañar y seducir a los de pocos alcances.

Seguí mi viaje, en compañía de la guerrilla, habiéndome dado el capitán Esperón, pasaporte y recibo de aquellos papeles, pasando por el destacamento de la raya, en que estuve con el capitán don Manuel Ezponda, a quien manifestando el pasaporte, y ofreciendo abrir mis baúles para que se registraran, lo omitió dejándome pasar a Macuilapa, donde llegué, y me presenté al capitán comandante don Tiburcio Farrera, haciéndole relación de cuanto me había sucedido, entregándole una carta que en Tehuantepec me encargo Petris donde le comunicaba cuanto sabía de los enemigos, y remitiéndose a mi para informar en lo verbal, como lo hice; dicho Farrera, me reconvino por los impresos, pero llegando Esperón a poco rato, este se los dio, y los dirigió Farrera a extraordinario al gobierno de ciudad real, suplicándome que demorase mi viaje, mientras venía la resolución del jefe superior a lo que condescendí; pero en la tarde del mismo día recibí carta de mi marido, en que me decía que me esperaba en el Pueblo de Xiquipilas, y en haciéndosele saber al comandante Farrera, tomé el caballo, y salí de Macuilapa, acompañada dos leguas de dicho señor, quien me hizo sus ofrecimientos; como a las 12 de la noche llegué a dicho Xiquipilas, y hallé en la comunidad a mi marido a quien referí lo mismo que aquí expongo, caminando al otro día hasta llegar a este pueblo de Tuxtla 28 de enero de 1813.— *María Micaela Frontaura*.— Es mujer del teniente letrado de Oaxaca doctor don Antonio María de Izquierdo.

La edición del tomo IV de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Carlos Cruzado Campos  
Raquel Güereca Durán  
Eric Adrián Nava Jacal  
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado  
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602